

cular significación de dicho número de *Cuadernos Hispanoamericanos*: «Que este homenaje apareciese en una revista oficial acrecienta el mérito de la iniciativa y del logro, dada la actitud adoptada por el gran poeta sevillano durante la guerra civil» (p. 46).

Después, individualmente, en el *currículum* de cada uno de esos poetas, es, cuantitativa y en intensidad, muy destacada la presencia de Machado. El primer artículo de Leopoldo Panero que abre el volumen II (Prosa) de sus *Obras completas*, preparadas por su hijo Juan Luis Panero (Madrid: Editora Nacional, 1973) es precisamente el titulado «Antonio Machado en la lejanía», publicado originalmente en *El Sol* (Madrid, octubre de 1931). Lo que allí hace Panero, al colocar al gran poeta en el sereno apartamiento de su obra, equivale implícitamente a distanciarlo de la estética juvenil predominante en aquellos años, lo cual en cierto modo rectificará sinceramente el mismo Panero años más tarde en su conferencia «Unas palabras sobre mi poesía», pronunciada en los cursos de verano de la Universidad de León, y luego reproducida en el homenaje que le rindiera *Cuadernos Hispanoamericanos* (núms. 187-188, julio-agosto de 1965), así como en el citado volumen II de sus *Obras completas*. Sobre este tema, tanto como sobre la evidente influencia de Machado sobre los *Versos al Guadarrama* del poeta leonés, ha escrito Celia Zapata un ensayo, «Ecos de Antonio Machado en Leopoldo Panero», al que remito al lector interesado. No hay que olvidar que los *Versos al Guadarrama* fueron escritos entre 1930 y 1939, es decir, en los mismos años de aquel primer artículo, aunque no apareciesen hasta 1945 y en la revista madrileña *Fantasia*. Por su parte, también Idefonso-Manuel Gil, al estudiar «El paisaje en la poesía de Leopoldo Panero», señala la profunda afinidad en el sentimiento y el tratamiento del paisaje que se da entre aquél y Machado, lo cual ve como coincidencia más que estricta influencia, pero que es igualmente digno de ser destacado. Y el propio Panero escribió dos relativamente extensos poemas en homenaje a Antonio y Manuel Machado, publicados también en *Cuadernos Hispanoamericanos* (1959) y agrupados bajo el título común de «Desde el umbral de un sueño...», el verso inicial de uno de los más misteriosos poemas de *Soledades*. Están hoy incluidos en el volumen I (Poesía) de sus *Obras completas*; y el dedicado a don Antonio lleva como lema uno versos del soneto de éste a su padre (*Esta luz de Sevilla...*), de su libro *Nuevas canciones*, lo cual pudiera interpretarse casi como una voluntad de reconocimiento filial por parte de Panero hacia Machado. Y uno de sus aciertos mayores lo encontramos en el modo tembloroso como aquél combina, en dicho poema, el dato bio-

gráfico final de Machado y una de sus preocupaciones poético-filosóficas más notables: ... *Ahora que ya en Colliure / le cerca el mar (su otro, / su otredad misteriosa), / completando su ser...*

Luis Rosales contribuye al mencionado número de *Cuadernos*, de 1949, con un brillante trabajo de exégesis sobre la que su autor considera, con razón, una de las «plezas más importantes, sorprendentes y extrañas en la lírica de Machado», o sea «Recuerdos de sueño, fiebre y duermevela»: es el ensayo de Rosales titulado «Muerte y resurrección de Antonio Machado». Y hace aquél abrir su serie de sonetos *La estatua de sal*, escritos entre 1935 y 1939 e incorporada a su *Segundo abril* (1972), con otros populares versos de Machado: *La primavera ha venido: / nadie sabe cómo ha sido*. Y frente al todo de ese libro de serena vocación, el más personal e intenso de los suyos, que es *La casa encendida* (de 1949, con una nueva versión de 1967), coloca aquel poemita machadiano *Tarde tranquila...*, de melancólico ahincamiento en el recuerdo lejano. Luego, la sección II de dicho libro, que desarrolla como en un aire de sueño su estremecedor diálogo con el querido amigo muerto, Juan Panero, pudo sin dificultades ampararse otra vez en aquel mismo verso sugerente de Machado: *Desde el umbral de un sueño me llamaron...*

El prologuista de la quinta edición (1941) de las *Poesías completas* de Machado, que habría de ser la primera y pronta después del final de la guerra, fue Dionisio Ridruejo. Y éste se apoyará después en dos versos de uno de los textos más hermosos y esperanzados de *Campos de Castilla*, «A un olmo seco», para el poema «Todavía» de su libro *Elegías* (1948). Y en el que (creo) que habría de ser la última de sus entregas poéticas, *Casi en prosa* (1972), así posiblemente titulado por recoger en el más natural de los lenguajes sus docentes experiencias (¿prosaicas?) en universidades de los Estados Unidos. Toda la sección II lleva el título general de «Heme aquí ya, profesor», frase que, como recordamos, inicia el poema «Meditaciones rurales», también de *Campos de Castilla*, en que Machado comienza registrando vivencias similares. Y el apartado B, de esa sección, declara paladinamente el mecanismo entrañable de la evocación: «*Heme aquí ya, profesor*». / *Cito una edición genuina / por la memoria del amor*. Y en el final del largo texto se siente resonar de nuevo aquel *tic-tic*, monótono y opresivo, del reloj que a Machado contaba las horas en aquel mismo poema suyo. Escribe Ridruejo: *Ahora sí: «tic-tic», siento el golpeo / del corazón mecánico y me gasta*.

Ildefonso-Manuel Gil, cuya poesía toda, serena y meditativa, descubre al punto su personal raíz en el autor de *Soledades*, le dedica

«A Antonio Machado» un breve poema de su libro *De persona a persona* (1971), en el que lírica y nostálgicamente le acompaña en lo esencial-poético de su biografía *de Segovia a Colliure*, como reza el subtítulo. Y José Luis Cano evoca ciertamente el verso *creo en la libertad y en la esperanza*, que desde Machado está abriendo más de una futura glosa poética, cuando cierra su poema «Luz del tiempo», en la sección final (1961-1962) igualmente titulada de su colección *Poesía (1942-1962)*, manejando ambas aperturas del espíritu y enlazándolas vívidamente a la patria, otra de las preocupaciones de Machado. Son estas las líneas de Cano: *Tu tiempo a la esperanza, aunque tan poca / te quede ya, y a solas o con otros / tu día a la libertad, tu tiempo a España.*

Si, en resumen por ahora parcial, hubiera que sintetizar lo que estos poetas del 36, en general, buscan en la lección poética de Machado se podría decir que es aquello que ellos llevan en sí: la profunda conciencia del tiempo, en su dimensión principalmente personal, y el temblor ante el misterio trascendente que esa misma condición temporal suscita en el hombre. Comienza a insinuársenos, así, que no es sólo el Machado de *Campos de Castilla* (o, por mejor decir, el Machado de la *otredad* histórica) quien va a estar presente en la poesía de posguerra; aunque muy pronto, en nuestra trayectoria a lo largo de su influencia, será aquél el de más vigorosa (pero nunca excluyente) proyección sobre los nuevos poetas que irán apareciendo después de la guerra civil.

Y en el campo del trabajo crítico sobre su obra, además de los ensayos y prólogos de Rosales, Ridruejo y Vivanco, no podrían omitirse los varios que José Luis Cano agrupa en sus «Notas sobre Antonio Machado» incluidas en su libro *Poesía española del siglo XX* (Madrid: Guadarrama, 1960). Y saliéndonos del marco de los poetas, la generación del 36 nos ofrece dos ensayistas y críticos también interesados en la poesía y el pensamiento de Machado. Pedro Laín Entralgo se ocupa ampliamente de ello en *La generación del 98* (Madrid: Austral, 1947); y dedica un hermoso y penetrante capítulo a los temas del «Tiempo, recuerdo y esperanza en la poesía de Antonio Machado», en su fundamental libro *La espera y la esperanza* (Madrid: *Revista de Occidente*, 1962). Y quién más orgánica y esclarecedoramente nos ha iluminado «El pensamiento de Antonio Machado en relación con su poesía» ha sido Antonio Sánchez Barbudo en la sección última de sus *Estudios sobre Unamuno y Machado* (Madrid: Guadarrama, 1959), que hoy tenemos al alcance en formato de libro de bolsillo bajo el título de *El pensamiento de Antonio Machado* (Ma-

drid: Colección Punta Omega, Guadarrama, 1974). Ha sido también el agudo intérprete y comentarista de *Los poemas de Antonio Machado* (Barcelona: Lumen, 1967).

*

Un poeta que no ha regateado su admiración por Machado, y al cual se ha hecho costumbre (mala costumbre) adscribirlo de entrada y sin más al neogarcilasismo de los primeros años del 40, es José García Nieto. Dispongo a la mano de dos testimonios, ambos no muy lejanos, de esa admiración que es en él también, como en tantos otros, deseo voluntario de filiación. Su libro *Memorias y compromisos* (1967), tal vez el mejor de los últimos suyos, y cuya intención está definida desde su título mismo, se abre con un pensamiento de Machado: «Sólo recuerdo la emoción de las cosas y se me olvida lo demás; muchas son las lagunas de mi memoria». Y su libro es eso: un querer liberarse «de algunos compromisos antiguos» al calor del recuerdo en que la precisión falla y se salva en y por la emoción. Al año siguiente, *Hablando solo* (1967), ya nos delata lo que el poema final, «Con un verso de Antonio Machado» (que no es otro que aquél del texto inicial, «Retrato», de *Campos de Castilla* «quien habla solo espera hablar a Dios un día») nos vendrá a sugerir el silencio irredimible del hombre y la dolorida duda de ese diálogo trascendente. Como en Machado, ese «menesteroso de Dios».

*

La que se ha venido considerando como primera generación estrictamente de posguerra puso su énfasis mayoritariamente —y en un grado tal que, con alguna parcialización en la valoración crítica se ha identificado de modo total con esos términos— en la voluntad de un realismo temático y expresivo, en el compromiso que consideraban inalienable con las circunstancias históricas de la patria, y en la necesidad de una palabra comunitaria y servicial. No es el momento éste de valorar los aciertos y los desvíos a que por estos senderos se llegó. Ni insistir en un hecho que hoy es ya historia: cuánto más dogmáticamente se aferraron a ese compromiso (vale decir: cuánto menos personalmente lo sustanciaron), más borrosamente su palabra poética de entonces se nos va alejando en el presente. Se la suele designar, con exceso de simplismo, como la generación de la poesía

social, sin querer advertir que muchos (algunos de los mejores) entre ellos, aun sintiendo la insoslayable vocación de realismo y de preocupación española, no sucumbieron a los peligros mecanizadores de la *tendencia* y hasta hubo quien expresara su disidencia frente al general concepto de poesía *realista*. Mas nadie puede negar que tales inquietudes, éticamente inobjectables y nobles, estaban en la base de la poética más común y abarcadora que comienza a definirse en el decenio del 40 como rigurosa novedad en el horizonte literario de la posguerra (para no hablar de los antecedentes que es natural descubrirle, de modo aislado, en el pasado más o menos inmediato).

Machado, el *vario* Machado, tenía una rica parcela de su obra poética (digamos, aunque no muere allí, que en *Campos de Castilla*), una vasta teorización en prosa desarrollada en artículos, ensayos, discursos fallidos y a través del juego dialéctico de sus heterónimos, y el ejemplo de su conducta pública en años difíciles. Y todo ello, lógicamente, se erguía como ejemplo de alzada dignidad y de oportunidad histórica a seguir.

No requeriría un difícil esfuerzo el demostrar que en las varias poéticas de Gabriel Celaya oímos la voz del Machado comprometido, como ya se dijo. Desde lo que escribe en 1952, al reclamar como la mayor de las urgencias del poeta de esos años «ese desentenderse de las minorías y, siempre de espalda a la pequeña burguesía semiculta...», en la *Antología consultada de la joven poesía española* (p. 46). O más adelante: «Hay que agarrar bien sus raíces y sentir hasta la muerte del yo el 'nadie es nadie'; para después seducir y levantar ese pueblo» (PS, 104). Y aun «Ser poeta es vivir como propio lo ajeno, traspasar lo individual, vivir y hablar 'en' lo otro» (PC, 1963). Y vuelto específicamente sobre España y su dolor, el Machado fulminador de los poemas cívicos está modulando el acento de textos de Celaya como «España en marcha» y «Todo está por inventar», por sólo citar dos de sus *Cantos iberos* (1955). Aun la esperanza y el gesto voluntariamente positivo hacia una España *que nace y que alborea*, en «El mañana efímero» de Machado, se recrea en el final del último poema mencionado de Celaya: *Todo en España es anuncio. / Todo es semilla cargada de alegría floreal. / Todo, impulso hacia un mañana / que podemos y debemos dar a luz y hacer real.*

En Blas de Otero la compañía de Antonio Machado ha sido ininterrumpida. Muchos son los poemas que tiene sobre, con y hacia él. En *En castellano* (1960) hay ya unas «Palabras reunidas para Antonio Machado», basadas en aquel dístico suyo *Un corazón solitario / no es un corazón*, y donde Otero inserta las memorables *pocas palabras*

verdaderas de Machado, tantas veces incorporadas a las suyas por numerosos poetas de la posguerra. En *Esto no es un libro* (1963), colección en la que el autor de *Ancia* incluye poemas «de diversa época que se refieren a alguna persona o aluden a algún nombre», según declara la *Motivación* inicial, el índice que lo cierra registra seis veces el nombre de don Antonio, sólo superado estadísticamente por el de don Quijote (en lo cual, ciertamente, no cabe parangón posible). Esas veces recurren en estos poemas: «En un lugar de Castilla»; otro brevísimo sin título y que lleva como lema aquella línea última de Machado: *Estos días azules y este sol de la infancia*; «Con nosotros»; «*In memoriam*», éste ya de directo homenaje; y una prosa emitida desde Radio París: «Colliure, 1959». Algunos de esos textos se reproducen después en *Que trata de España* (1964) y en la antología *País* (1971), preparada por José Luis Cano. No es sólo la lección de moral pública lo que reclama a Otero en el poeta admirado y querido; casi más sistemáticamente es su noble y misteriosa figura humana y su palabra misma, recortadas sobre el fondo del paisaje castellano tan íntimamente cantado por él, lo que se adueña de la evocación de Machado cuando Otero le recuerda. Un momento ejemplar lo sería el final de «En un lugar de Castilla»: ... *silencioso el Arlanza / se desliza, entre chopos, hacia el Duero / igual que un verso lento de Machado*.

Vicente Gaos, un poeta que dentro de su generación se sintió más vocado a la introspección y los motivos religiosos y trascendentes, descubre en su obra una fuerte atracción por el tema de la nada, esa última y definitiva creación divina en la metafísica de Juan de Mairena: para éste, en verdad, «el tema de toda futura metafísica [323]. Numerosísimos son los poemas de Gaos alrededor de esta inquietud, corporizando así poéticamente aquel profético *dictum* de Mairena. Y resulta significativo que en el primer poema en que lo aborda resueltamente, un poema juvenil de sus *Primeras poesías* (1937-1939) que lleva como título «La muerte se pasea del brazo de la nada», viene introducido por un verso de Machado: *Para que no acertara la mano con la herida*. Y un soneto, éste de impulso ascensional y místico, «Inexpresable», de *Arcángel de mi noche* (1944), encuentra su síntesis temática también en otro momento poético de aquél: *Sólo el silencio y Dios cantan sin fin*. Y, curiosamente, el inicial de ese mismo libro de sonetos, «La forma», que define apasionadamente la más rígida de las estructuras poemáticas, comienza por recordar de modo oblicuo (que hubiese gustado a Mairena) la advertencia de Machado, que Gaos vuelve al revés: *Verso libre, verso libre, / líbrate mejor*